CARLOS PEREDA

La moneda encontrada y otras celebraciones

MI intervención se limita a dos observaciones. La primera es de carácter formal y celebra un hecho que pertenece a la clase que me gustaría llamar “hechos José Gaos”. ¿De qué hechos se trata? Precisamente, del hecho de encontrarnos aquí, presentando el libro de un colega: *La reducción en las ciencias* de Jorge A. Serrano.¹ Pero ¿por qué celebrar lo aparentemente obvio? ¿Cómo no prestar atención a lo que publican nuestros colegas? Quiero decir: ¿por qué insistir en lo que resulta casi inevitable; a saber: discutir con quienes están más cerca? La respuesta no es difícil: tomar en serio, conversar teóricamente con quienes nos topamos cada mañana, no es uno de nuestros hábitos intelectuales. Desde jóvenes nos ejercitamos en argumentar en ausencia del criticado y, si es posible, en otro idioma. Nos equivocamos. Es cierto que cualquier pensador puede asumir como suya la historia del pensamiento sólo con repensarla. Es cierto también que la tradición del pensamiento en lengua castellana ha sido pobre. Sin embargo, no será el desdén o la arrogancia, y mucho menos el desdén disfrazado que es la apología y el énfasis, lo que combata estas miserias. Pues, si nosotros mismos no comenzamos por oírnos, ¿quiénes nos van a oír? Nadie puede pensar —ni vivir— fuera de una tradición. Una tradición argumental no se conforma sin escuchar a los otros, pero tampoco sin discrepar con los otros. No se conforma sin entablar argumentaciones cooperadoras y destructivas con quienes comparten nuestra situación más

¹ México, Ed. Trillas, 1985.

inmediatamente. (Por lo demás, resulta innecesario aclarar por qué hablo de una clase de “hechos José Gaos”: entre nosotros, pocos como Gaos pusieron el énfasis en el hecho de que no hay vida intelectual sana —que no hay vida social sana— si sus participantes son incapaces de estar atentos al trabajo de los demás.)

Con mi segunda observación voy a manifestar algunas sospechas. Sospecho que en su libro, Serrano se siente a veces tentado a confundir *el uso de varias técnicas*; a saber: los variados procesos de reducción con *posiciones* reduccionistas. También sospecho que su crítica, en apariencia general, a las posiciones reduccionistas, en realidad sólo apunta a *ciertas* posiciones reduccionistas. Por lo demás ¿por qué encerrarnos en la alternativa reduccionismo *versus* anti-reduccionismo? ¿Acaso no podemos rechazar *por igual* a reduccionistas y anti-reduccionistas?

Vayamos paso a paso. ¿En qué consisten esas técnicas, las reducciones? En el capítulo 5 —“Análisis epistemológico de la reducción”— Serrano recurre a varios diccionarios para hacernos conocer cuales son los usos más relevantes de la palabra “reducción”.

Por lo pronto, distingamos tres sentidos generales de “reducción”:

- retrotraer lo desconocido a lo conocido,
- retrotraer lo complejo a lo simple
- y retrotraer lo múltiple a lo uno.

En realidad los dos últimos pueden considerarse aspectos de lo mismo. Por otra parte, tiene razón Serrano al situar estas reducciones en la base de toda explicación:

explicar significa *reducir* lo desconocido a lo conocido, lo complejo a lo simple, lo múltiple a lo uno, lo que sorprende —y tanto Platón como Einstein— insisten en que éste es el primer momento en que el hombre empieza a investigar —a una cosa o modo de obrar que nos es habitual.²

Al segundo sentido lo conocemos como la virtud epistémica-

² *Op. cit.*, p. 63.

Termino con una historia:

se encuentra un individuo en la noche y debajo de un farol encendido buscando algo en el suelo; se acerca un transeúnte y le pregunta qué es lo que busca. El primer individuo le contesta que ha perdido una moneda, que si no quiere ayudarle a buscarla.

— Pero, ¿está usted seguro de que aquí fue donde se le cayó la moneda? pregunta el transeúnte.

— En realidad, no; la moneda se me cayó en la otra esquina pero allí no hay luz; por eso es que la estoy buscando aquí.³

Para Serrano esta historia muestra una de las características de la reducción. Me atrevo a discrepar de esto. Esta historia retrata más bien la actitud de un reduccionista, quien, vuelto presa de algún vértigo argumental, ignora o elude todo aquello que su “luz” no ilumina; todo aquello que no es *fácilmente* compatible con su trama de creencias.

Imaginemos todavía otras dos actitudes. Están los antirreduccionistas que, al rechazar toda tentativa de reducción, se pasan la vida lamentándose en una esquina a oscuras: son los que consideran a la investigación científica y, en general, a cualquier actitud racional... un anacronismo, en estos tiempos posmodernos.

Entre unos y otros —entre quienes buscan en la esquina equivocada y quienes ya no buscan— hay, sin embargo —otro motivo para celebrar— quienes siguen usando las diversas técnicas de reducción. Estos, por ejemplo, se dirigirán primero a la esquina iluminada; no para buscar la moneda, sino para estudiar el terreno. Luego regresarán a la esquina oscura para subdividirla —con piedras, pañuelos, zapatos, o si es posible, mediante cálculos— para, finalmente, indagar las subdivisiones, una a una. Estos escrupulosos no se entusiasman demasiado, tampoco se desesperan: no son patéticos. Pero, se los aseguro, tarde o temprano acaban por encontrar la moneda perdida.

³ *Op. cit.*, p. 50.